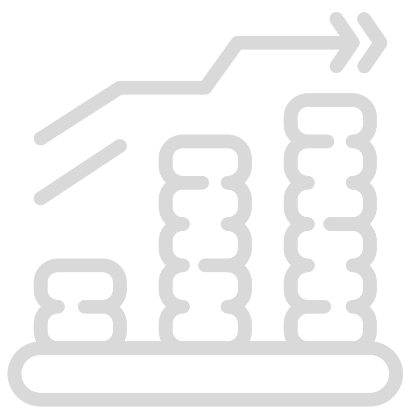




# Inflación de costo: hambre, frío y desempleo

Carlos J. García, Ph.D. en Economía, University of California (LA), EE.UU. Académico FEN-UAH.



**D**urante el último año, el valor de los alimentos subió en forma dramática. Los precios del trigo, azúcar, maíz y la soja aumentaron entre 25%-40% en los mercados internacionales. Todos productos claves en la alimentación humana.

Una medida directa del impacto de estos cambios es que en la canasta del INE los alimentos corresponden a un 20% de esta. Por otro lado, la energía también se encareció, y brutalmente: el precio del petróleo subió en 39%, el gas natural en un 77% y el carbón un 188%. En la canasta del INE el transporte solo corresponde al 13%, mientras que en la matriz energética chilena estos combustibles fósiles son el 68%.

Así, solo la incidencia de los alimentos y el transporte en la inflación de junio del 2020 –medida por el cambio del IPC– anualmente corresponde a ¡7%! Este cálculo se repite sistemáticamente durante todo este año. Los economistas definimos a este tipo de aumento de precios como “inflación de costo”.

La cara social de la “inflación de costo” se puede encontrar en datos de la Cepal: el riesgo alimentario moderado y alto de nuestro país es cercana al 18% de la población entre 2018-20, casi 3,5 millones de personas. No solamente los más pobres están sujetos a este riesgo, recordemos que según la CASEN 2020 el número de personas en situación de pobreza está en torno a los 2 millones.

Además, en términos de calefacción y cocción de alimentos, las regiones de la zona central que concentran el 79% de la población nacional, ocupan poco la leña, que se utiliza más en la zona sur del país. En consecuencia, este invierno debe sobrelevarse mayoritariamente con combustibles fósiles a precios encarecidos o en su defecto soportar el frío: según RedPE aproximadamente un 33% de las viviendas en nuestro país son consideradas fría o muy fría.

La experiencia internacional indica por otro lado que la última vez que el mundo sufrió una crisis de precios de los alimentos como el de

hoy, ayudó a desencadenar la primavera árabe, levantamientos sociales que derrocaron a cuatro presidentes y condujo a horribles guerras civiles en Siria y Libia. La guerra de Ucrania nuevamente está llevando al mundo a esos límites. Por ejemplo, la revista *The Economist* revela que la inflación de costo ha sido históricamente un buen predictor de protestas masivas, disturbios y violencia política.

Enfrentar esta coyuntura se vuelve compleja considerando la situación fiscal del go-

bierno. En este último año el precio del cobre cayó en un 21%, reflejando el menor nivel de actividad mundial. Si se concretan las expectativas de recesión o menor crecimiento de los principales bloques económicos, el precio de mineral seguirá bajando y mermando los ingresos fiscales. En el caso de la deuda del gobierno, esta está en torno al 35%, si bien se duplicó desde el 2014, ella está a un nivel manejable si se compara otros países. Así, ayuda directa a los ciudadanos más afectado por esta "inflación de costo" se puede hacer solo aumentando la deuda en el corto plazo.

La propagación de la inflación de costo en la economía es compleja. El mayor costo de la energía se transmitirá a otros precios, la UF y también a los salarios que se estén reajustando. Algo similar ocurrirá con los alimentos, así, la inflación de costo se esparce ocasionado una escala inflacionaria a nivel nacional.

Sin embargo, y lamentablemente, el ciclo de la inflación de costo no termina aquí. Al ser este fenómeno de carácter mundial, hay expectativas de aumentos de tasas de interés en la mayoría de los bancos centrales del mundo, con la esperanza de frenar la inflación. Como en muchos ámbitos, hay tasas de interés más importantes que otras, en efecto, la relevancia de la Reserva Federal de los

Estados Unidos es aplastante, disparando el precio del dólar en los mercados. Puesto que la mayoría de los precios de nuestras importaciones está en dólares, los precios de todas las importaciones en pesos vuelven a subir.

Una de las secuelas, es que el Banco Central ha decidido subir agresivamente la tasa de interés a 9,75%, y es probable que siga subiendo. La lógica es frenar el gasto en consumo e inversión privada encareciendo el crédito. Se busca que este menor gasto compense los aumentos de precios que se producen por las presiones de costo. No obstante, frenar la economía trae consigo otra maldición: el desempleo. Latamente hemos explicado en Observatorios pasados que, si el Banco Central tiene como único objetivo solo la inflación, entonces no existen restricciones para que este siga subiendo su tasa de interés sin considerar el drama del desempleo.

Con todo, se juntan un coctel político y social explosivo para el gobierno. En términos técnicos se le llama a esta mezcla maldita "estancflación". Para el ciudadano común es hambre, frío y mayor desempleo.

Las soluciones no son muchas. Conspiran las faltas de confianza. Algunos reclaman por subsidios, fijaciones de precios y reducciones de impuestos. Sin embargo, estos son instrumentos demasiados amplios favoreciendo a todos, incluidos a aquellos que no necesitan la ayuda. Se pierde la eficacia, se peca de buenas intenciones, etc.

Un camino más cierto es ayuda directa, pero a costa de varios puntos más de deuda pública sobre el PIB. Nada es gratis, y ayudar tampoco será en esta coyuntura. Por ejemplo, evaluando el "lánguido" bono de invierno de 120 mil pesos del Gobierno, nuestros cálculos

indicarían que se necesita por lo menos tres veces esa cantidad para compensar el aumento de alimentos y transporte que registra el INE.

Hay otros elementos, a considerar, seguir subiendo la tasa de interés para frenar el aumento del dólar es un error: basta recordar la crisis asiática. A pesar de este doloroso episodio no faltan los aventureros, más bien peregrinos, de las políticas de estabilización de golpe o de shock. En otros Observatorios hemos explicado largamente que un aumento del dólar es un mecanismo natural que tiene la economía para enfrentar shocks externos, básicamente porque suben los ingresos de las exportaciones en pesos y esto estimula la economía y el empleo. Pero es un remedio que duele, suben todos los bienes que compramos y, por qué no decirlo, disfrutamos, del exterior.

Qué nos dice la historia sobre estos episodios: lamentablemente son recurrentes, y siempre un grupo importante de la población sufre los embates de las crisis. Parece que crecemos, que nos aproximamos al desarrollo, pero de un plumazo volvemos reiteradamente al subdesarrollo o, mirando el vaso medio lleno, a una situación de economía emergente permanente en que el fantasma del hambre, del frío y el desempleo no desaparece.

Finalmente, es importante replantear la estrategia de desarrollo para que la historia de crisis y soluciones de parche no se vuelvan en el futuro de siempre. **OE**

